

El bebé y el agua de la bañera o ¿aún contra la literatura? (in/comodidades de las nuevas agendas)

*por Javier Lasarte Valcárcel
(Universidad Simón Bolívar)*

RESUMEN

La instalación de los estudios culturales como práctica dominante en diversas zonas del mundo universitario ha traído como consecuencia la suspensión o incluso el olvido de proyectos que en los años 70 y 80 constituyeron una ruptura epistemológica respecto de la tradición de la crítica literaria latinoamericana. Tendencias del culturalismo actual –la crítica genealógica, los estudios subalternos– han cuestionado de tal modo la literatura como objeto de estudio que propician su desaparición de las nuevas agendas críticas. La revisión de algunos problemas que surgen de tal deseo se hará a partir de un par de textos de Alberto Moreiras y John Beverley.

Palabras clave: latinoamericanismo – estudios culturales – literatura – agendas – reducciones

The dominance of cultural studies in diverse zones of the academy have induced projects that in the 70s and 80s meant an epistemological turning point of the Latin-American literary criticism tradition, to be forgotten. Today's tendencies towards culturalism –genealogical criticism, subaltern studies– have cast doubt over literature as an object of study in such a manner that they favour the disappearance of these projects from the new critical agenda. The review of some problems that arise from this desire will be carried out based on articles by Alberto Moreiras and John Beverley.

Keywords: Latin-American literary criticism – cultural studies – literature – agenda – reductions

*Before you accuse me
take a look on yourself
Eric Clapton*

...no nos faltaba más sino que vinieran ahora a estropearnos a nuestras pobres y anémicas mujeres y a quemarnos los cuatro armarios llenos de folletos y desgonzados libros que llamamos nuestra Biblioteca Nacional [...].

...entreténganse los futuristas del Mediterráneo en quemar museos y aporrear mujeres, nosotros aquí tenemos algo más serio y más grande que hacer: *Desmontar una selva de millón y medio de kilómetros cuadrados* (“El futurismo italiano y nuestro modernismo naturalista” (1910); en Osorio 1988: 27 y 28).

El texto de Henrique Soublette no sólo fue una de las más tempranas muestras de recepción y discusión del futurismo en América Latina. El fragmento me interesa aquí no por su ansioso espíritu constructivista, sino por recordar un capítulo entre tantos del relato de la apropiación de bienes culturales provenientes de un ámbito figurado como ajeno, exterior y poderoso. Dicho relato, al menos en este caso, se inscribe en el radio de acción de otro que lo lleva del brazo y quizás lo arropa: el de la identidad nacional/continental diferenciada y los modelos de pensamiento o sociedad que la posibilitan.

Un reciente capítulo de esos relatos tiene que ver con la instalación en el mundo académico anglosajón de los estudios culturales y su creciente incidencia en el campo de los estudios latinoamericanos. Una consecuencia apreciable de esa novedad, en algunas zonas de ese campo, ha sido la obliteración de un proyecto que en los 70 y 80 apostó tanto por la transformación de los supuestos epistemológicos sobre los que se sustentaban los estudios literarios como por la crítica de la ciudad letrada. El desplazamiento de aquel proyecto, conocido como “nueva crítica literaria latinoamericana”, ocurrió sin que mediara la crítica

suficiente de sus presupuestos y operaciones¹, para pasar sin más a asumir la más reciente revuelta epistemológica.

Algo que caracterizó el proyecto de los 70 y 80 fue una marcada impronta teórica y polémica que buscó el reemplazo de los aparatos teórico-metodológicos de la tradición crítica e historiográfica modernas. Así, por ejemplo, uno de sus textos emblemáticos, “El cambio actual en la noción de literatura en Latinoamérica” (1978) de Carlos Rincón, se emplazaba desde la oposición a textualismos y esencialismos críticos, para postular la necesidad de “redefinir el objeto y las funciones de la crítica y la historiografía literarias” (399); lo que debía conducir a restablecer en la literatura “la función de mediación entre los momentos de la producción y el consumo”, la “dialéctica entre el proceso histórico y la constitución del sentido” (388) y su comprensión como “una forma estética de praxis social” (389). La empresa se cimentaba sobre el cuestionamiento de “ideologemas” liberales decimonónicos –el mito del autor y la creación, la “autonomía del sentido” (401)– o la crítica del canon literario, incapaz de dar cuenta de nuevos fenómenos, de los cuales el testimonio parecía ser el más “plástico” por su puesta en entredicho de la figura del autor y la noción de lo literario. Este tipo de incitaciones, que llevó a tentar lecturas antropológicas, políticas, culturalistas de la literatura, se formuló además, en muchos casos, desde la convicción de estar involucrado en el diseño de un proyecto político latinoamericanista alternativo de inminente concreción.

Sobre bases como éstas se cifró una nueva agenda para los estudios literarios latinoamericanos que redundaron en un vuelco radical en la comprensión crítica de distintos períodos literarios, a la vez que en el campo historiográfico se acariciaba la posibilidad de (re)escribir una historia social de la literatura y la cultura latinoamericanas², y proyectos que, como Biblioteca Ayacucho, buscaban transformar la institución-literatura. Aquello, en fin, que, apenas dos décadas después de su emergencia, parecía hecho para la vida breve, cuando Cornejo Polar, en 1998, dictaminaba “el deshilachado y poco honroso final del hispanoamericanismo” (11).

El pronóstico apocalíptico de Cornejo nacía de su experiencia en los Estados Unidos, cuya academia había asumido ya la otra “conmoción” epistemológica: las varias tendencias, de lo que genéricamente ha sido conocido como “estudios culturales”, en los que la reflexión y la agenda programática de la crítica latinoamericana de los 70 y 80 parecía “disolverse en el aire”. El mismo (pero otro) Carlos Rincón afirmaba recientemente que los estudios culturales eran el resultado de la crisis de las humanidades y ponían de manifiesto “el fin del puesto hegemónico de la literatura frente a otras prácticas culturales, la [...] problematización de los cánones nacionales de las literaturas [y] la erosión de los límites de las disciplinas que tuvieron a su cargo la literatura o las artes plásticas” (2000: 58-9), con lo que la “cultura teórica moderna” latinoamericana, sus “ideologemas, discursos y estilos intelectuales”, [habían] llegado al límite de su rendimiento cognoscitivo y político” (59). También Mabel Moraña, aunque señalara de partida algunos de sus “límites”, celebraba la “pluralidad de enfoques y temáticas” (2000: 9) de la “revolución culturalista”. Incluso desde posiciones reticentes a varias de las tendencias dominantes en la academia anglosajona –pienso en Beatriz Sarlo o Hugo Achugar– es visible el empuje de esos nuevos “enfoques y temáticas”.

Sería inútil negar que ellos han favorecido la adquisición de otros problemas o “lugares metodológicos” y de renovadas “políticas” del discurso crítico de la más diversa índole de autoridades. El interés central en un ampliado concepto de cultura ha llevado a abordar una inédita diversidad temática sobre la que se vuelve una y otra vez (y otra vez y otra vez). Globalización y multiculturalidad, memoria, migraciones y fronteras, ciudadanía, consumo e industria cultural, sujetos sociales y exclusión (étnica, de género, cultural...), nación e

¹ Son excepciones casos como diversos textos de Alberto Moreiras (especialmente el capítulo “Literatura y sujeto de historicidad” de *Tercer espacio...*), John Beverley o *Crítica de la razón latinoamericana*, de Santiago Castro-Gómez.

² En 1987 se produjeron tres textos ejemplificadores de la nueva actitud historiográfica: *Historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX* (1987) de Beatriz González, la conferencia “Temas y problemas de una historia social de la literatura” de Rafael Gutiérrez Girardot (en 2001) y el volumen que coordinara Ana Pizarro, *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*.

identidad, (pos)latinoamericanismo..., conforman hoy un diorama temático de “recurrente recurso”. En él, el espacio teórico, cifrado casi siempre en la crítica de textos teóricos, ocupa un lugar privilegiado, al punto de que hoy es la discusión teórica el tema que mejor define las orientaciones de un mercado académico que, en palabras de Roman de la Campa, “no siempre exige mayores distinciones entre estudios culturales, feminismo, marxismo occidental, subalternidad, poscolonialismo, posmodernismo, [...] ficcionalidad no creativa, [...] y otros rótulos muy atendidos por las casas editoriales universitarias” y que requiere con avidez de “nuevas formas de engendrar y lanzar proyectos” y de “nuevas envolturas” (2000: 77).

No parece ser éste aún el panorama dominante para el ejercicio crítico en la mayor parte de Latinoamérica, donde parece prevalecer más bien la fragmentariedad y desarticulación del trabajo académico, aunque sí constituye claramente uno de sus más vigorosos horizontes de posibilidad. De su vigor, hablan tanto casos de asunción directa de presupuestos estudio-culturalistas, como cada vez más numerosas manifestaciones de resistencia (a veces al borde del fundamentalismo). Por lo mismo (¿retomando el gesto de Soubllette?), quizá valga la pena continuar la discusión y “sobrevolar” un par de textos que coquetean y, en cierta forma, propician la idea de que “el fin del puesto hegemónico de la literatura frente a otras prácticas culturales” (Rincón), derive hacia un simple e incluso deseable “fin del puesto” de la literatura en los estudios culturales.

II. Entre los nuevos enfoques, uno de los que ha suscitado mayor atención es el de la crítica genealógica, de particular acogida entre poscolonialistas y subalternistas. Su ejercicio se ha centrado en el cuestionamiento de las políticas históricas del estamento letrado y la nación latinoamericanos, resaltando la condición excluyente de sus discursos. Castro-Gómez aclaraba, sin embargo, que la crítica genealógica al latinoamericanismo no busca “juzgar ni legislar [...], sino sugerir la idea de que detrás de todos los fragmentos que nos constituyen, [...] las representaciones que han venido configurando nuestra personalidad histórica, no existe una moral ni una verdad que garantice el *sentido* de esos fragmentos y esas representaciones”. Lo cierto es que cada vez con más firmeza, en la práctica de sus discursos, este tipo de acercamiento se ha dado a la tarea de postular que (casi toda) la literatura, por su articulación con los diversos proyectos nacionalistas/latinoamericanistas, ha funcionado como instrumento de homogeneización y exclusión.

En “Literatura y sujeto de historicidad”, capítulo de *Tercer espacio...* (1999), Moreiras emprendía una inusual crítica de algunos fundamentos del pensamiento y de la historiografía literaria de los 70 y 80, ejemplarizada para el caso de la literatura en proposiciones de Miliani, Fernández Retamar y Cornejo Polar que, al encarar la posibilidad de otra historia de la literatura latinoamericana, se postulaban como alternativas a las imágenes excluyentes de identidad de la tradición letrada, críticas de una noción restrictiva de lo literario –despreciativa, por ejemplo, de las culturas orales/populares–, y enemigas del eurocentrismo teórico y defensoras de la diferencia latinoamericana. Un punto central de la argumentación de Moreiras radicaba en que ese proyecto historiográfico no se percataba de que su diseño de “un sistema general de prácticas literarias”

...implica[ba] un concepto hegemónico y [...] eurocéntrico de la literatura y de la historicidad literaria. Según tal concepto, la literatura puede “recuperar” prácticas verbales o transverbales no canónicamente literarias, pero no al revés: a esas prácticas a-canónicas no se les permitiría apropiarse la literatura. [...] La literatura se convierte así en el plano general de juicio. [Por lo que] esta historia literaria debe entonces reconocer que está estructural e irreversiblemente condicionada a convalidar una historia de la cultura como historia jerárquicamente organizada: en ella, una literatura general que no abandonará su genealogía eurocéntrica ocupa una posición de privilegio (1999: 64).

La posibilidad de emprender un proyecto alternativo de esa naturaleza quedaría, pues, cancelado desde una perspectiva poscolonial y sólo tendría sentido a condición de renunciar a “dictar el estándar hermenéutico” desde la literatura; es decir, a condición de negar su funcionamiento como “metanarrativa capaz de expresar variantes específicas con respecto de un sistema

general” y, por lo tanto, “la posibilidad de hacer historia literaria en el sentido fuerte de la expresión” (64). El reparo de Moreiras encontraba su razón de ser en la inserción histórica de la literatura tanto en el sistema social como en el orden mundial:

...la noción de literatura [...] no puede ser desligada del privilegio histórico concedido a prácticas culturales de élite colonial y poscolonial [...] queda presa en la incómoda situación de tener que producirse a sí misma por referencia inescapable –crítica o no– a la producción metropolitana [...] la literatura en cuanto práctica sociocultural pertenece a un campo de socialidad en el que sólo pueden situarse aquellos que, tras haberse asegurado acceso a la escritura grafémica, van a pretender medirse sobre la base de una serie de patrones cuyo referente último es exotópico. El sistema de literatura general, aun entendido sobre la base de articular identidad y diferencia por relación a él, es siempre necesariamente un sistema de literatura de élite, o en todo caso un sistema organizado jerárquicamente en virtud de su necesidad de contrastarse con un patrón hegemónico (66).

Es así que incluso las proposiciones resistentes al eurocentrismo son, en el fondo, ingenuamente eurocentristas, pues: “evitar eurocentrismo, localizar diferencia, y afirmar identidad endógena son sólo [una de] tantas maneras de esconder las motivaciones profundas de una práctica cuya meta real [...] parecería ser la de [convalidar] el orden social latinoamericano y [reafirmar] sus condiciones de opresión y discriminación” (67). El calibanismo crítico consolidaría entonces lo que –algo melodramáticamente– Moreiras llama “el desastre de la historiografía” (70). Las “inconsistencias y silencios en los que posibilidades discursivas alternativas quedaron atrapadas” constituyen, pues, un último episodio del relato identitario eurocentrista del “nacionalismo cultural latinoamericano”, que, “concebido desde parámetros fundamentalmente criollos y burgueses, olvidó mucho y negó todavía más” (41).

No obstante, Moreiras no niega la pertinencia del estudio de la literatura “cultura” “como categoría privilegiada o referente primario para la reflexión cultural latinoamericanista” (67-8), incluso reconoce el “poderoso efecto de negatividad que la literatura ofrece en su dimensión autocrítica” (70). Si el énfasis parece colocarse en la razonable necesidad de dejar de pensar la “alta literatura como campo discursivo dominante para la emancipación cultural latinoamericana, o para la auto-afirmación endógena” (68) o como práctica ontologocéntrica, se admite a la vez que “esas prácticas de alta literatura retienen con todo cierta posibilidad parcial de expresión de historicidad en la medida en que representan una clase específica de performatividad sociocultural” (68), por lo que esa historicidad “remite a la necesidad de que la crítica de la literatura llamada culta insista en su inserción en el campo cultural desde nuevos parámetros” (69). Sin embargo, estas proposiciones no logran atenuar la propensión mayor del discurso: el insistente marcaje del sobredeterminante protagonismo de la inserción original de la literatura en el proyecto del nacionalismo burgués decimonónico³.

Por otra parte, el sobre-condicionamiento de la posibilidad de existencia tanto de la literatura como de la crítica e historiografía en Moreiras es contrapuesto al diseño transicional de una escritura posidentitaria, residual y tercerespacista, un texto

... capturado por la fisura misma entre la promesa filosófica y el silencio de la figura poética, [...] un texto híbrido, intermedio, cuya determinación fundamental viene a ser pensar la ruptura: ruptura interior, ruptura del texto mismo, desgarradura a partir de la cual la inmensa polémica entre identidad y traducción que cruza toda la historia de su constitución puede revelarse [como] un no menos inmenso malentendido (45-6).

Texto, diría yo, que, aun en su elusión de fijeza y su ilusión de apertura posfilosófica y pospoética –sin renunciar a la fuerza convocatoria de la filosofía y la poesía– no deja de

³ Por cierto que la proclividad de su discurso “al abandono de la noción de literatura” no es acompañada por un similar “desliz” respecto del “abandono de la noción de teoría”, que también ha nacido al servicio de la fijación de iguales o peores entelequias homogeneizadoras, ontologocéntricas y excluyentes.

funcionar, en última instancia, como modelo de identidad. Ese modelo transitorio es lo que le permite a Moreiras construir en el resto del libro un linaje de “tercerospacistas” literarios: Borges, Lezama, Piñera, Elizondo, entre muy pocos otros. Por lo demás, no deja de ser significativo que la enunciación de esta lírica poética del “duelo” se produzca en términos de necesidad y urgencia –“Urge pues mostrar... urge encontrar las maneras” (49)–, con lo que se rozan los bordes de lo declarado indeseable: el mesianismo redentor y tribunicio de un dictamen letrado que construye y fija pautas de una identidad emancipada y diferencial, finalmente eurocéntrica.

Y es quizás el urgente dictamen lo que lleva a borrar de la agenda crítica lo relativo a su prehistoria, es decir, lo que toca a su tradición moderna, encapsulada por momentos en frases generalizadoras como “la escritura latinoamericana” (46) o sentencias propiamente lapidarias: “La deconstrucción de los paradigmas desarrollistas y modernizadores, al menos en el sentido literario, se parece demasiado a apalear a un muerto, y no puede por lo tanto ya cumplir la misión de dotar a la reflexión contemporánea de agenda crítica” (112-3). En este punto es donde me parece que Moreiras, con la pequeña ayuda de algunos amigos, bota al bebé con el agua de la bañera. Si no, es al menos el punto donde aflora para mí el problema (y la incomodidad).

III. Una posición a la vez similar y diferente a la de Moreiras –por la posición, por ejemplo, ante temas cruciales como el testimonio o la viabilidad de la idea de nación– puede leerse en varios textos del subalternista John Beverley, uno de los “fundadores” de la resistencia a la literatura, al menos desde su *Against Literature* (1993). De su trabajo, elijo un texto del 2004, “Dos caminos para los estudios culturales centroamericanos”, pues ofrece el “crujiente” añadido de que se piensa desde y ante la última gran inflexión histórica del presente globalizado: los efectos que tiene para el continente los cambios ocurridos en el orden global tras el 11 de setiembre y el auge de movimientos populares y de izquierda en Latinoamérica; contexto que abre la posibilidad de “un enfrentamiento creciente [...] con la hegemonía norteamericana”.

Su práctica discursiva se autofigura desde su principal aspiración: el logro de una sociedad “verdaderamente” “democrática e igualitaria”, que supere la “desjerarquización cultural” y permita “una nueva forma de lo nacional” edificada sobre la interpelación “desde la diferencia sexual, étnica, de clase, de estamento”. Desde ese “lugar”, Beverley se formula una pregunta que considera eje de la práctica crítica: “¿cuál sería la forma de un nuevo latinoamericanismo, capaz de enfrentar la hegemonía norteamericana y desarrollar las posibilidades latentes de sus pueblos?”. La meta de su “agenda” sería, en consecuencia, la “necesidad de construir lo que se podría llamar un *nuevo latinoamericanismo*”, articulado a la voluntad de “imaginar una nueva versión del proyecto socialista no atada a una teleología de la modernidad”⁴.

La concreción de esta agenda “oposicional” se activa por su diferencia radical respecto de figuras, proyectos y agencias de la izquierda política y académica latinoamericanista, que ha devenido, según Beverley, en “cómplice precisamente de lo que pretendemos resistir: la fuerza innovadora del mercado y la ideología neoliberal”. Dicha tendencia, a la que califica de “neorielismo”, encuentra sus primeras manifestaciones en el Che Guevara, Fernández Retamar y las políticas de la Revolución Cubana, Ernesto Cardenal y el sandinismo o Ángel Rama, y se

⁴ Proyecto reivindicador de la “definición de las sociedades latinoamericanas como radicalmente heterogéneas” y la “redefinición de la nación latinoamericana como ‘estado multinacional’”; de “la fuerza de trabajo rural”; de la “sobrevivencia y resurgimiento de los pueblos indígenas con sus propias formas lingüísticas, culturales y económicas, no sólo como ‘autonomías’ dentro de las naciones-Estados, sino como un elemento constitutivo de la identidad de esas naciones; de la “lucha permanente contra el racismo en todas sus formas, y para la plena incorporación de la población afro-latina, mulata, y mestiza”; de las “reivindicaciones de las mujeres y de los homosexuales”; de las “luchas obreras tanto en el campo como en las ciudades para enfrentar regímenes más y más duros de capitalismo salvaje y para conquistar el dominio sobre las fuerzas de producción no sólo en su nombre, sino en nombre de una sociedad justa e igualitaria para todos”; de la “incorporación de esa inmensa parte de la población latinoamericana que vive en barrios, favelas, comunas, ranchos, callampas, esperando, generación tras generación, una modernidad económica que, como el Godot de Samuel Beckett, nunca llega”.

continúa en intelectuales como Néstor García Canclini, Hugo Achugar y otros intelectuales latinoamericanos que han expresado su rechazo a los nuevos enfoques dominantes en la academia estadounidense. El centro de su crítica al neoariélismo consiste en que su aspiración de lograr “una modernidad propiamente socialista” quiso imponer “un patrón normativo de cómo *debía ser* el sujeto democrático-popular latinoamericano”; de esta manera, “el proyecto de la izquierda congeló o sustituyó el socialismo propiamente dicho –es decir, una sociedad dirigida por y para “los de abajo”– por una dinámica desarrollista de modernización nacional hecha en nombre de las clases populares pero impulsada desde la tecnocracia y el estamento letrado”. Por lo mismo, “reproduce la ansiedad constitutiva del arielismo inicial de Rodó y los modernistas, que manifestaban un profundo anti-norteamericanismo junto con un desprecio (o temor) de las ‘masas’ y de la democracia”, revelándose como respuesta “ineficaz” e “inadecuada” al descreer de “la naturaleza y las posibilidades humanas de América Latina” y no disponer de representaciones que agrupen “a todos los elementos heterogéneos y multifacéticos que componen la nación o la región”, expresando así “la angustia de grupos intelectuales de formación burguesa o pequeño-burguesa [...], amenazados de ser desplazados del escenario por la fuerza del neoliberalismo y la globalización cultural [...] o por un sujeto proletario/popular heterogéneo y multiforme en el nombre del cual pretendieron hablar”.

Por lo demás, los reparos de este “neoariélismo” a la “teoría” poscolonial y subalternista por “orientalizar al sujeto latinoamericano”, sería para Beverley la coartada para no ver en sí mismo “la orientalización que ha operado y opera aún en la cultura letrada latinoamericana”. La idea se cierra con un paréntesis que quiero resaltar por su rotunda diafanidad y porque refuerza la idea del necesario “fin de la literatura”: “(la *historia* de la literatura latinoamericana *es, esencialmente*, la historia de una orientalización interna de grandes partes de la población del continente)”. Tal posición de rechazo en bloque de tradiciones modernas y políticas posmodernas diferenciadas tiene, por supuesto, su costado de constreñimientos, abre un abanico de interrogantes y plantea no pocos problemas al activar sus radicales y ardorosos cuestionamientos.

IV. Lo que busca la crítica genealógica no es “juzgar ni legislar”, decía Castro-Gómez. Beverley cuestionaba la pretensión del intelectual latinoamericano anti-imperialista y nacionalista de diseñar proyectos globales de nación en nombre de otros. Moreiras y Beverley – y Castro-Gómez– coinciden en la reducción de la historia de la literatura y el pensamiento latinoamericanos a “la historia de una orientalización interna de grandes partes de la población del continente”... Creo que esta “avanzada” ha colaborado fuertemente a que la atención de los discursos críticos se concentre cada vez más con exclusividad en la discusión sobre/contra el “imperio” del presente globalizado y en la disputa de políticas que establecen pautas (¿desde dónde, y en relación con qué lugar de autoridad?) de lo que es aceptable o no, sea para la constitución de una futura democracia construida “desde abajo” (Beverley) o el triunfo de una era posidentitaria, residual (Moreiras).

Hay en ello tal vez, además de un aire de reproducción del ansioso “urgentismo” sartreano de los 60, el resurgimiento de posiciones tribunicias que presuponen una versión “dura” de la idea de “verdad”, reencontrándonos así ante una nueva versión del intelectual que, al cuestionar en bloque las políticas homogeneizadoras del letrado latinoamericano, termine paradójicamente diseñando, desde la negatividad, una nueva versión de las “superpolíticas” o del “filósofo (político) de la historia” de los que hablaran Rama y Gutiérrez Girardot al referirse al letrado del fin-de-siglo; a veces también hablando por los otros y forjando construcciones maniqueas o neo-románticas –el binarismo letrado/popular–⁵ (8) y... nuevas exclusiones.

⁵ Por ejemplo, García Canclini señalaba, a propósito del trabajo de los folkloristas, que “[e]l defecto más insistente en la caracterización del ‘pueblo’ ha sido pensar a los actores agrupados bajo ese nombre como una masa social compacta que avanza incesante y combativa hacia un porvenir renovado. Las investigaciones más complejas dicen más bien que lo popular se pone en escena no con esta unidireccionalidad épica sino con el sentido contradictorio y ambiguo de quienes padecen la historia y a la vez luchan en ella, los que van elaborando, como en toda tragicomedia, los pasos intermedios, las astucias dramáticas, los juegos paródicos que permiten a quienes no tienen posibilidad de cambiar radicalmente el curso de la obra,

Por otra parte, tanto la reducción de la historia letrada a sus ineficacias y al marcaje de exclusiones, como la concentración del ejercicio en la promoción de políticas o “teorías” de/para/por el presente –coincidente, por cierto, con ciertas voluntades posmodernas de anular la historia o con el gesto reductor de tradiciones de toda vanguardia–, no sólo constituyen uno de los centros de interés principales del mercado académico actual, ávido de novedades político/teóricas, o incluso de las agendas de las grandes fundaciones⁶, a veces también traen consigo la prodigalidad de lecturas cómodas y rígidas, ya previsibles, facilitadas por la idea de que la historia letrada y su literatura no es otra cosa que la repetición de un sólo episodio y un único gesto uniformador, enmascarador y colonizador.

Así, la operación reductora de esta “nueva vanguardia epistemológica” (de la Campa) propende a favorecer la suspensión de la construcción de la memoria, que, se sabe, es más un proceso heterogéneamente conflictivo e impredecible que un fijo museo. Así, pierden sentido las contextualizaciones y especificaciones al hablar de un texto, autor o período de la historia, pues, ante el *deber ser* incontestable de las nuevas políticas, dejan de tener relevancia alguna. Una cierta involuntaria comodidad supone esa operación en la medida que libera de un complicado trabajo de restauración de escenarios culturales, de tejidos críticos de matices, correspondencias y diferencias y de conocimientos técnicos sobre los funcionamientos históricos de diversos tipos de discursos. Con ello, como diría Geertz para otra situación, “algo

manejar los intersticios con parcial creatividad y beneficio propio” (1992: 260). Quizás también quepan aquí algunas de las objeciones que James Clifford le hiciera al Said de *Orientalismo*, a saber: “¿Debe la crítica contraponer conjuntos de imágenes culturalmente producidas como las del orientalismo a representaciones más ‘auténticas’ o más ‘humanas’? O si la crítica debe luchar contra los procedimientos mismos de la representación ¿cómo debe comenzar? ¿Cómo, por ejemplo, ha de evitar una crítica oposicional del orientalismo caer en ‘occidentalismo’?” (2001: 306-7).

⁶ Las críticas ya tienen su pequeña tradición, sea al insistir en la advertencia sobre la localización de los saberes y sus sentidos específicos, sea en la reconsideración de las prácticas de nacionalismos o latinoamericanismos para reivindicar la tradición o la diferencia (Cf. Richard (1996, 1997 [2000]) y 2000), Achugar (1998) o Rojo-Salomone-Zapata (2003)). Sin embargo, suelen obtener como respuesta básica de los “acusados” el señalamiento de la ceguera sobre los residuos coloniales de tales posturas. Cabe preguntarse si no es una equivalente o mayor ceguera pretender reducir esos reclamos y reivindicaciones a simples errores políticos o resentimientos. Jeff Browitt, por ejemplo, afirmaba que la disputa por “las políticas de localización” era el “síntoma de una enfermedad más profunda, aunque no sea reconocida concientemente o expresada como tal. Se trata del derrumbe del sueño de dos siglos de las naciones-estado latinoamericanas de alcanzar una paridad relativa con el mundo desarrollado, y de a quién o a qué echarle la culpa por este fracaso. A causa de esta frustración [...], quienes traen teorías de afuera o vienen de una localización institucional fuera de América Latina son tildados de ‘neocolonialistas’ o ‘imperialistas’” (2000: 34), con lo que Browitt finalmente banalizaba la consistencia real de la “oposición”. Para los fines que quiero marcar es útil un texto como “De la deconstrucción al nuevo texto social: pasos perdidos o por hacer en los estudios culturales latinoamericanos...” de Román de la Campa, donde se objetan algunos presupuestos y “construcciones” característicos de los estudios culturales. Entre otras cosas, cuestionaba la “lectura reduccionista del contexto cultural latinoamericano” que se desprendía de “la oposición fundamentalmente binaria entre literatura moderna y subalternidad posmoderna” (83). Dicho binarismo ha derivado en que la literatura moderna sea leída en su totalidad “como discurso fallido de criollos letrados”, y su historia como “partes execrables de una gran totalidad fallida, definible como sociedad criolla, sin mayores deslindes en cuanto a momentos históricos, políticos o literarios” (83). Dicha declaración “post” sobre el fin del “orden simbólico literario” (*idem*) de parte de esta “nueva vanguardia epistemológica” (91), según de la Campa, “a fin de cuentas constituye otro tipo de totalización que denota más bien un desasosiego político que una deconstrucción radicalizada, y corre el riesgo de canjear la lectura del devenir histórico latinoamericano por levitaciones epistemológicas que nos permitan imaginarnos sociedades latinoamericanas distintas desde la lejanía” (83). Su “defensa” de la literatura como legítimo objeto de estudio se centraba en su forma de entender las potencialidades transformadoras y críticas de la escritura literaria (20): “No sólo es obvio que la literatura ha ocupado una posición especial entre las formas culturales modernas, sino también que cobra un valor primordial en la confección y la articulación de metarrelatos, tanto para el orden de lo nacional y del género sexual, como en la mera concepción de época que orienta nuestros horizontes históricos. Además, la literatura ha constituido un código cultural que se caracteriza precisamente por su capacidad de renovarse, nutriéndose constantemente de otras formas culturales” (90-1).

se está perdiendo: lo que [textos, autores, conjuntos...] expresan, exacta, socialmente” (1994: 43), y se liquida, de paso, aquello que hasta hace poco era conocido como “investigación”. El acoso obsesivo del otro-enemigo y sus exclusiones, en esta especie de “abordaje” en la defensa de las políticas radicalizadas de identidad “desdeabajista” o posidentitaria del presente como rasero básico para fundar el juicio, ha llevado, pues, a una consideración parcial y congelada, “monológica”, de los agentes y textos literarios o culturales de esa tradición, olvidando, por ejemplo, que un texto o un autor o un período no son objetos uniformes, presos en/de sus historias, sino dispositivos particulares, potencialmente múltiples y abiertos, ni coherentes ni cerrados, artefactos de usos varios que no pueden impedir fugas de sentido ni transformaciones operativas, matrices con frecuencia plagadas de fisuras y disonancias, y cuyas diversas potencialidades de sentido son actualizadas en diversidad por *las* lecturas de la historia.

Por lo demás, textos como los descritos me llevan a otros de la historia en los que cuajan momentos que se quieren de ruptura. Por lo mismo que empecé con el fragmento de Soublette sobre la vanguardia futurista, podría recordarse uno de los textos centrales de la modernidad cultural latinoamericana: la respuesta que Bello hiciera de las tesis del joven Lastarria en “Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile” (1844), en las que Bello mostraba que las nacientes repúblicas no eran desierto cultural y que la conquista y la colonia ofrecían material de sobra para escribir historia; en palabras actuales: para construir la memoria de lo nacional. Ambos textos tienen en común con los de Moreiras y Beverley, más allá de centrales diferencias, la oposición de base entre lo viejo y lo nuevo, entre tradición y ruptura. Quiero decir: de alguna forma, quien se siente abanderado de una vanguardia tiende a reducir y caricaturizar su tradición, cuya retórica, ideología y ejercicio deben ser desplazados del espacio público privilegiado o de poder que ocupan. En otras palabras, que es hasta cierto punto normal que se bote el bebé con el agua de la bañera. Al menos esta idea simplificadora me ayuda a entender la caracterización que Moreiras y Beverley, desde posiciones inequívocamente letradas y académicas, hacen de la tradición de la moderna cultura latinoamericana y de sus competidores posmodernos: la necesidad de borrar y olvidar la tradición desde el urgente “presentismo” orientado a diseñar la promisoría inminencia, hacia el que van derivando tanto el poscolonialismo como los estudios subalternos del culturalismo actual.

No creo que se trate de hacer una defensa más o menos nostálgica del lugar privilegiado de la literatura, sino de retomarla críticamente en su valor como texto cultural que puede ser leído y releído, disputado, vuelto patas arriba, sacado de sí o restituido, cómo y cuantas veces se quiera, incluso si se trata de un texto canónico “ineficaz”, “inadecuado”, “políticamente incorrecto”, “muerto”. Quiero decir: que Bello y Sarmiento, por decir algo, son diferentes, y sus textos no son una sola cosa y aceptan ser leídos de modo diverso; que Herrera y Reissig o Macedonio Fernández no se avienen con docilidad a ser expresión ni del arielismo moderno ni del nacionalismo criollo-burgués; que podría tener algún interés la crítica de la educación como solución/sujeción social que hiciese González Prada en “Nuestros indios” (1904); que no es indiferente que Picón Salas haya acometido en los 30 la crítica del intelectual arielista y el belletrismo; y que, por supuesto, Rama, Cornejo, Achugar, Sarlo, son pasibles de crítica, pero quizás desde un lugar en el que la verdad no sea *la* verdad, ni el juicio político estado de pureza.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHUGAR, Hugo (1998). "Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento". Castro-Gómez y Mendieta, *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México, Miguel Ángel Porrúa/University of San Francisco, pp. 271-85.
- BEVERLEY, John (1993). *Against Literature*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- BEVERLEY, John (2004). "Dos caminos para los estudios culturales centroamericanos (y algunas notas sobre el latinoamericanismo) después del '9/11'". *Istmo*. <http://www.denison.edu/collaborations/istmo/n08/articulos/caminos.html>.
- BROWITT, Jeff (2000). "¿Trayectoria común? Una genealogía comparativa de los estudios culturales británicos y latinoamericanos". Moraña, *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, pp. 33-65
- CAMPA, Román de la (2000). "De la deconstrucción al nuevo texto social: pasos perdidos o por hacer en los estudios culturales latinoamericanos. (Hacia una economía política de la producción de capital simbólico sobre América Latina confeccionado en la academia norteamericana)". Moraña, *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, pp. 77-95.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (1996). *Crítica de la razón latinoamericana*. Barcelona, Puvill Libros.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (1998). "Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón". Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México, Miguel Ángel Porrúa/University of San Francisco, pp. 169-205.
- CLIFFORD, James (2001). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona, Gedisa.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1998). "Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXIV, n° 47, pp. 7-11.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1992). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires, Sudamericana.
- GEERTZ, Clifford (1994) [1983]. *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona, Paidós.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz (1987). *Historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*. La Habana, Casa de las Américas.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael (2001). *El intelectual y la historia*. Caracas, La Nave Va.
- MORAÑA, Mabel (ed.) (2000). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Santiago (Chile), Cuarto Propio/Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- MOREIRAS, Alberto (1999). *Tercer espacio: literatura y duelo en América Latina*. Santiago (Chile), Lom-Universidad Arcis.
- OSORIO, Nelson (1988). *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, n° 132.
- PIZARRO, Ana, coord. (1987) *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México, Colegio de México/Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (Venezuela) / Universidad Simón Bolívar.
- RICHARD, Nelly (1996). "Signos culturales y mediaciones académicas". Beatriz González (comp.), *Cultura y tercer mundo. Cambios en el saber académico*. Caracas, Nueva Sociedad, pp. 1-22.
- RICHARD, Nelly (1997). "Mediaciones y tránsitos académico-disciplinarios de los signos culturales entre Latinoamérica y el latinoamericanismo". *Dispositio/n*, año XII, n° 49, pp. 1-12.
- RICHARD, Nelly (2000). "Saberes académicos y reflexión crítica en América Latina, mediación". Daniel Mato (coord.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Caracas, CLACSO/CES/UCV, pp. 363-371.
- RINCÓN, Carlos (1978). "El cambio actual en la noción de literatura en Latinoamérica". *Eco*, XXII-4, n° 196, pp. 385-421.
- RINCÓN, Carlos (2000). "Metáforas y estudios culturales". Moraña (ed.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, pp. 57-72.
- ROJO, Grinor, Alicia Salomone, Claudia Zapata (2003). *Postcolonialidad y nación*. Santiago de Chile, Lom.